

LOS OBJETOS SAGRADOS

Los objetos que sirven para la celebración de la Misa son tan sagrados que sólo determinadas personas pueden tocarlos.

Están en contacto directo con el cuerpo y la sangre de Jesús, y ninguna mano que no esté autorizada o consagrada para el sacerdocio puede osar acercarse a ellos.

Es indispensable, pues, que el mismo celebrante los lleve, a no ser que no le ayuden otros sacerdotes o ministros sagrados, porque en tal caso, éstos pueden tocar y por lo tanto, llevar los objetos sagrados.

Pero, generalmente, el mismo que va a decir la Misa vestido con los hábitos sacerdotales, lleva en sus manos el misterioso envoltorio, del cual sólo aparece la cubierta exterior. Tal cubierta casi siempre es de seda

y tiene el mismo color que la vestidura del sacerdote. Y esto, no por armonía estética sino porque no sólo los objetos, sino también los colores están determinados por el rito, según los días del año. (Los colores litúrgicos.)



El sacerdote, primeramente, va a colocar el envoltorio en el altar y lo coloca cuidadosamente, ajustando bien los pliegues del pequeño manto, casi con unción, para que todo sea perfecto. Y el lugar preciso en que lo coloca allí, es sobre el lugar en que está el ara sagrada.

Colocado el envoltorio, el sacerdote se aproxima al libro y lo abre por la página que corresponde al oficio del día.

La Misa no ha comenzado, lo que está haciendo el sacerdote es la última preparación y nada más. En efecto, prepara lo que se refiere a los ornamentos sagrados y abre el libro por la palabra de Dios.

Hecho esto, desciende.

La Misa se inicia sólo al pie de las gradas.

El Envoltorio del Sacerdote

Veamos lo que contiene y de qué está compuesto el envoltorio que el Sacerdote ha depositado sobre el altar.



Bolsa de los corporales

Encima de todo está apoyado un objeto cuadrado y duro; una especie de bolsa plana, cubierta de seda de color y, generalmente, adornada con una cruz.

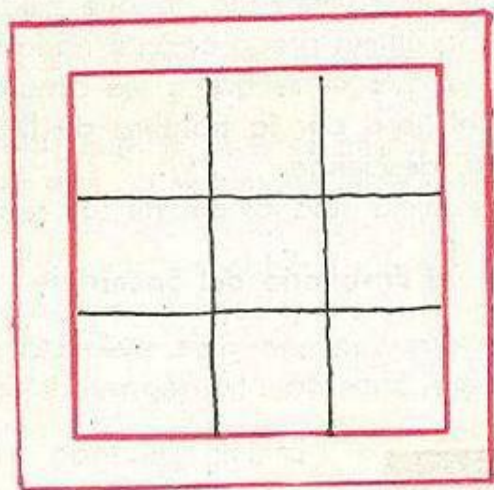
Se trata, en efecto, de una verdadera bolsa.

Dentro de ella, bien plegado, está colocado un paño de blanco lino, planchado en forma que quede perfectamente liso y resistente. Está

plegado tres veces en cada parte, por lo que al extenderlo muestra nueve cuadrados.

Este pañito es los "Corporales" y suyo es alcanzar el honor de estar en contacto con el Cuerpo de Cristo, porque el sacerdote apoyará directamente sobre él la Hostia consagrada.

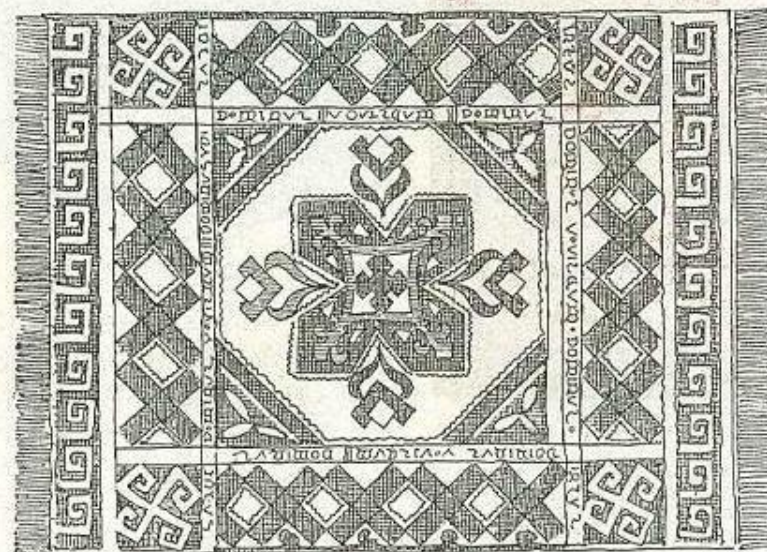
Sobre el "Corporal" extendido se apoya también el cáliz, y si cayese una gota de la sangre de Cristo, la recogerían los corporales.



Los corporales extendidos.

Los corporales, pues, son uno de los objetos más sagrados. Nadie, sino el sacerdote o alguno de los sagrados ministros, diácono y subdiácono, puede lavarlos, y el agua que se utilizó para ello se arroja sobre un gran fuego purificador, o en algún sitio en donde no se profane. Solamente después de este primer lavado pueden tocarlo las personas no consagradas, para completar aquél y plancharlo en la forma dicha.

Hoy se usa como corporales un pañito liso; pero antiguamente se ponía un cuidado extremado en coser y bordar finamente aquel pañito destinado a tal privilegio. Se conserva y transporta en la bolsa, que también puede estar adornada, porque representa la envoltura de un objeto sagrado.



Unos corporales antiguos.



Una bolsa de corporales antiguos.

Quitemos ahora el manto de seda que cubre lo que está debajo de la bolsa. Aquel pequeño manto, aunque de tela gruesa—las más de las veces está hecho de brocado de seda—se llama "Velo", o "Cubrecáliz", y es de forma cuadrada, llevando como ornamento una cruz en el centro.



Cubrecáliz.

El cáliz, en cambio, está vacío.

Cáliz y patena son de metal precioso, hasta en las iglesias más humildes. Aun cuando sean lisos y sencillos, no pueden ser sino de plata u oro, o dorados.

Pero es raro encontrarlos sencillos y lisos. El afecto y la devoción llevan a colocar sobre los vasos sagrados, adornos y piedras preciosas, que los convierten en ricas joyas. Se prodigaron en estos dos vasos el finísimo cincelado, las gemas más be-

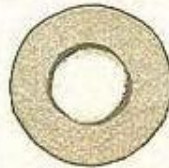
Ya tenemos al descubierto los objetos que cubría.

Son un cáliz y un plato, los antiguos vasos de la Cena de Cristo, convertidos ahora en vasos sagrados de la Mesa eucarística.

Dentro del plato, que se llama "Patena", se encuentra una hostia blanca, grande, que deberá ser consagrada durante la Misa.



Cáliz.



Patena.

llas y raras, en la historia de la Cristiandad.

El modo como están dispuestos bajo el velo es el siguiente: El cáliz descansa sobre el plano del altar y encima está colocado un paño de lino blanco, que cae sobre los lados. Sobre éste se apoya la patena, que contiene la hostia, y encima, como cubierta, está un



Patena antigua.

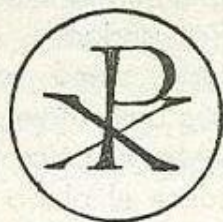
trozo de lino redondo y grande, poco más o menos como la patena.

El paño que está sobre el cáliz se llama "Purificador", y casi forma parte de él, porque sirve para limpiar su interior y recoger, consiguientemente, los últimos restos del vino consagrado, por lo cual es igualmente un objeto sagrado e intangible para los que no son ministros del culto.

El cáliz, en el cual bebe el sacerdote el vino consagrado, ordinariamente no se lava. El modo de limpiarlo consiste en



Cáliz antiguo.



Palia.



Purificador.

frotarlo repetidamente con el purificador, lo que lleva a cabo el sacerdote que ha celebrado la Misa, o el ministro que asistió a ella como subdiácono, antes de volver a colocar los objetos sagrados en el envoltorio.

Finalmente, hay que hacer notar el pañito redondo que, rígido por el almidón, se utiliza como cubierta. Primeramente cubre la patena bajo el velo y luego lo utiliza el sacerdote durante la Misa para cubrir el cáliz. Este pequeño lienzo, plano y del espesor de una tela de lino, se llama "Hijuela" o "Palia".



Cáliz antiguo con asas.

LAS ESPECIES PURÍSIMAS

Se llaman "Especies" las materias destinadas a convertirse en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo; esto es, el "pan" y el "vino" de la Mesa eucarística.

Un sentimiento de devoción ha impulsado a los cristianos a preparar estas materias con cuidados especiales y a distinguirlas de aquellas que sirven para la alimentación material de los hombres. La primera preocupación fué la de prepararlas escrupulosamente con sustancias purísimas. Esto sucedió desde los tiempos más antiguos, cuando se colocaba sobre el altar un verdadero pan, grande, como los de uso corriente, pero que llevaba en la parte superior una cruz dibujada o la figura de un pez, que para los primeros cristianos iniciados representaba a Cristo. La confección de los panes eucarísticos era de trigo puro, sin mezcla alguna, convertido en harina y amasado con agua pura; luego se cocía al fuego.



Panes eucarísticos.

Después, en vez del pan se utilizaron las hostias que están confeccionadas con iguales sustancias y señaladas con dibujos diferentes, que representan símbolos sagrados. La hostia que sirve para el sacerdote es mu-

cho más grande y está adornada con dichas figuras, en cambio, las hostias o "partículas" (partes pequeñas) que sirven para la Comunión de los fieles son mucho más pequeñas y frecuentemente carecen de señales distintivas.

El vino está hecho de uva pura, de uva blanca de vid, sin mezcla alguna. Solamente en el cáliz añade el sacerdote un poco de agua al vino puro, porque así lo hizo Jesús en la santa Cena. Y este hecho recuerda otro incidente de la pasión, es decir, la herida en el costado, de donde manó sangre y agua.

He aquí, pues, cómo cosas tan corrientes cual es el trigo y la uva asumen una importancia extraordinaria para nosotros los cristianos. Se convierten en un manjar misterioso, del cual solamente nosotros, los iniciados, podemos comprender la esencia. Al igual que nuestra alma permanece sobre la tierra en medio de la carne de nuestro cuerpo, la divinidad permanece entre nosotros bajo las especies provenientes del trigo y de la uva.

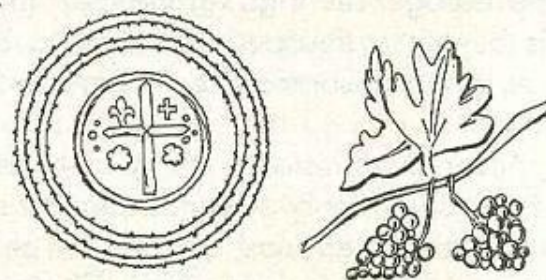
Bajo aquellas formas humildes, después de la consagración, está oculta la "Deidad latente".

¡Cuánta devoción debe inspirar a los cristianos el cultivo de las plantas destinadas a tan alto menester! Hasta las zonas de terreno que las alimentan tienen para nosotros algo de sagrado que las distingue. Los campos de trigo y las viñas destinadas a proporcionar las especies eucarísticas no se pueden confundir con los vastos trigales y las viñas verdeantes sobre grandes espacios de terreno, que el hombre trabaja con el sudor de su frente.

Aquellas son, casi "partículas" de terreno, pequeñas,

porque poco es el trigo y pequeña la viña, que son suficientes para dar la substancia de la Eucaristía.

Es por esto por lo que se pensó hace pocos años ceder a los niños el cultivo de estas tierras. Así se hizo en una escuela de Barcelona y se delimitaron dos campos, uno junto a otro, el uno para el trigo y el otro para viña. Estos campos estaban circundados de plantas de jardín, que podían dar flores propias de la estación y muchísimos rosales.



Después, la siega del trigo y la vendimia de la uva eran grandes fiestas campestres, acompañadas de bellísimas ceremonias. (Véase los **Niños vivientes en la Iglesia.**)

La idea de que sean los niños quienes cultivan los campos eucarísticos y participen en la confección de las hostias y del vino, no es sino el episodio más reciente de semejantes aspiraciones devotas que animaron a los cristianos desde la más remota antigüedad.

Eran entonces los personajes más ilustres y poderosos, reinas y príncipes, quienes reservaban para sí semejante honor.

"He visto con mis propios ojos a Cándida, la mujer de Trajano, general en jefe de los ejércitos de Valerio,

pasar toda la noche moliendo el trigo y haciendo con sus propias manos el pan de la población..."

La santa reina Radegunda, durante toda la cuaresma hacía el pan eucarístico y lo cocía.

Hacia el siglo XI, un cardenal recomendaba a los diáconos elegidos para confeccionar el pan del altar, que durante semejante labor se vistieran con las vestiduras sagradas y cantasen salmos.

Se dice que en algunos lugares de Francia existía la costumbre de escoger el trigo grano por grano, y la persona más buena lo llevaba al molino, la cual, para dicho acto, se vestía de blanco como para una ceremonia solemne.

También se cuenta en historias antiguas la veneración hacia las zonas de terreno. Algunas personas dejaban legados de pequeños terrenos que tenían en gran estima, para que se dedicasen al cultivo del trigo que daría la hostia pura, la hostia santa, la hostia inmaculada.

La fe es quien hace obrar así, porque quien posee la fe, revela en todos sus actos su delicadeza de amor.



LA: COOPERACIÓN

He aquí, pues, que la tierra da alimento al trigo y a la vid.

El trigo y la vid, al crecer, preparan la substancia material de las sagradas Especies.

El hombre cristiano obtiene del trigo el pan eucarístico y de los racimos de uva extrae el vino blanco de vid.

Sin embargo, quien ofrece las Especies con manos puras y sagradas y, volviendo la mirada al Cielo, tiene poder para pronunciar las palabras ordenadas por Jesús para que El descienda entre nosotros, según su promesa, es uno solo: el Sacerdote.

El es el mediador entre Dios y los hombres; el instrumento que pone en contacto la tierra con el Cielo.

Existen, por lo tanto, no solamente los objetos sagrados, sino también las personas sagradas.

Aun cuando su labor sea pequeña, casi como la de la mano que oprime el botón durante la noche y con ello ilumina la sala con luz brillante, es él solo quien puede realizarla. Es a él solo a quien debemos el toque definitivo que nos permite comunicar con Dios.

Es él quien puede decir: "Escúchame, Dios omnipotente, a fin de que cuanto hay que hacer por medio de nuestro humilde ministerio, se realice por la eficacia de tu virtud."

Son sus manos únicamente las que pueden tocar las Especies consagradas y transmitir las a nosotros como alimento espiritual instituido por Jesús.

"Mi carne verdaderamente es comida,
y mi sangre es verdaderamente bebida.

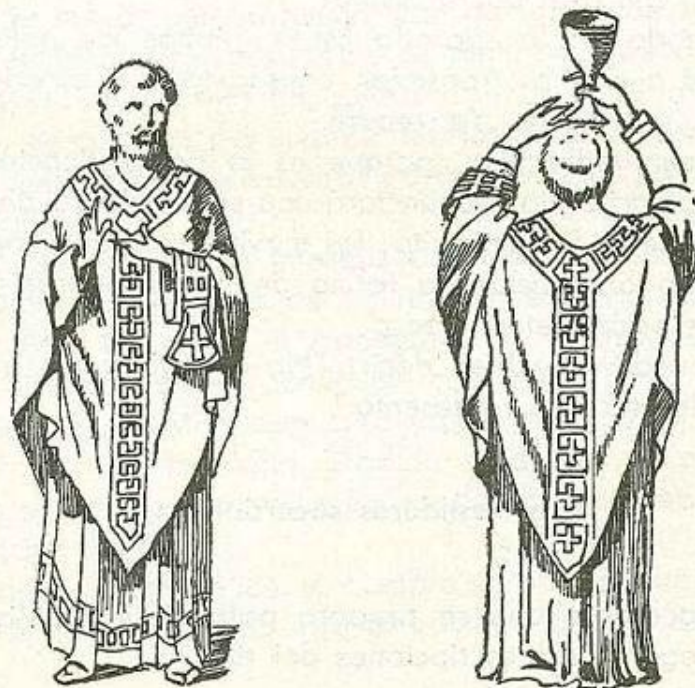
Quien come mi carne
y bebe mi sangre
en Mí mora
y Yo en él."



EL:HOSTIBRE:ELEGIDO

He aquí el Sacerdote que agradó a Dios y que fué contado en el número de sus elegidos."

Miremos con veneración al Sacerdote, amémosle con gratitud, no le olvidemos jamás en nuestras oraciones, porque él sacrificó su vida por nosotros.



Ciertamente, también él fué niño, y quién sabe cuántas veces jugó sin preocupaciones pero, un gran amor a Jesús llenaba su corazón.

Sin duda, este Sacerdote "fué llamado" un día. Entonces, no era Sacerdote y acaso ni siquiera sabía que llegaría a serlo.

Pero, sintiéndose llamado, contestó como Jesús al Padre Eterno: "Hágase tu voluntad."

Aunque sólo fuese por este llamamiento debe ser venerable. Pero, él ha correspondido y en su corazón se han desarrollado grandes virtudes. Aceptó permanecer fiel hasta el final, y fué Sacerdote para siempre.

Es con él con quien Jesús, por medio de su esposa la Iglesia, cierra el pacto divino:

"Cuando en la sagrada Mesa, repitas las palabras que Yo dije a los Apóstoles, consagrandolo y ofreciendo el pan y el vino... Yo vendré."

Contempladlo bien, porque es la personificación de la obediencia. No pronunciará una sola palabra diversa de la que le fué prescrita; los movimientos que haga le han sido ordenados. La forma de sus vestiduras y sus colores están determinados.

El, puede muy bien decir: "No soy yo quien existe; es la Iglesia que represento."

Las Vestiduras sacerdotales

El Sacerdote que se prepara para decir la Misa se viste según las prescripciones del rito.

Como un gran dignatario de corte, que debe presentarse al Rey, se viste según lo prescribe la rigurosa etiqueta.

Sean ricas o sencillas, las vestiduras sacerdotales, sin embargo, son siempre decorosas. Y las piezas de las vestiduras son siempre las mismas, porque el rito las determina.

También aquí, como en todo lo que a la Misa se refiere, hay que distinguir la necesidad de las cosas indispensables, de los ornamentos accesorios, que se pueden agregar.

Nadie tiene tanta razón para vestirse ricamente como el Sacerdote que celebra la Misa; y, en efecto, las vestiduras sacerdotales han sido confeccionadas con las telas de mayor magnificencia, con damascos de seda y oro, recubiertas de bordados, de pinturas y de piedras preciosas. Los encajes de belleza la más extraordinaria fueron ejecutados por manos amorosas que trabajaron en el silencio de los claustros para revestir al Sacerdote de Dios.

Pero, lo que ahora interesa conocer son las piezas del vestuario. Se trata de un revestimiento del hombre ya vestido. El cura y el monaguillo no se despojan de sus trajes corrientes; continúan con ellos. Pero, en el momento de la Misa este cura y este monaguillo se recubren de una dignidad añadida a la que ya poseen y sobreponen a sus trajes las vestiduras que representan dicha dignidad.

Es decir, se distingue el hombre del Sacerdote. Bajo el Sacerdote magnífico está el hombre, el humilde sier-

vo de Dios. Y este hombre está tan convencido del oficio divino para el que se prepara que, revistiéndose, se reconcentra y reza. A cada objeto que pone sobre sí, reza una oración especial, y se reviste lentamente, con devoción.

"Da, Señor, virtud a mis manos para limpiar toda mancha, a fin de que, todo limpio de espíritu y de cuerpo, pueda servirte."

"Impón, oh Señor, en mi cabeza el casco de salvación, para defenderme de los asaltos diabólicos."

"Dame blancura, oh Señor, y límpiame, para que, lavado con la sangre del Cordero, disfrute de los goces sempiternos."

"Cíñeme, Señor, con el cingulo de la pureza y apaga en mí el fuego de la concupiscencia, para que permanezca en mí la virtud de la continencia y castidad."

"Señor, merezca yo llevar el manípulo del llanto y del dolor, para recibir después con alegría el premio de mi trabajo."

"Devuélveme, oh Señor, la estola de la inmortalidad."

"Señor, Tú que dijiste: Mi yugo es suave y mi carga ligera, haz que yo pueda llevar éste de tal modo que consiga tu gracia."

Las vestiduras que se pone el Sacerdote para la Misa recuerdan por su forma los trajes que en los tiempos antiguos eran comunes también a los seglares. Solamente que como aquellas no han variado y los vestidos seglares han cambiado continuamente, siguiendo las modas, las vestiduras sacerdotales se han convertido en

algo profundamente distinto y por lo mismo característico del Sacerdote.

Además, por la dignidad de su empleo, fueron adquiriendo poco a poco un significado simbólico, como si fueran armaduras de defensa. El Sacerdote representa el soldado de Cristo que se arma y muere en el combate para vencer el mal con el bien y hacer triunfar en el mundo el Reino de Cristo.



Patricio romano vestido con traje seglar.

Forman parte del traje sacerdotal la ropa blanca y las vestiduras exteriores. Las piezas blancas son:

1.º "El Amito". — Un paño blanco que, antiguamente y hoy también, en algunos casos, servía para cubrir la cabeza, pero que de ordinario se pone en torno del cuello y sobre los hombros y se llama amito.

Esta palabra, que se deriva del latín, tiene el significado de cubierta; es una especie de capucha. Su significado místico es el de "yelmo de la salud" como aquellos yelmos de hierro con los que los guerreros antiguos protegían su cabeza.

2.º "El Alba". — Es una vestidura blanca muy amplia, que cubre toda la persona hasta los pies y tiene mangas anchas que llegan hasta las manos. Es la vestidura sacerdotal, por excelencia, toda blanca y de lino, representa "la inocencia" que envuelve el alma del cristiano por los méritos de Cristo.

3.º "El Cingulo".—Es un cordón largo, blanco, o del



Amito.

color litúrgico del día, atado a la cintura, que sirve para mantener recogida la amplia vestidura. Es el símbolo de la "castidad".



Alba y cingulo.

do de "la inmortalidad".

Los objetos que no forman parte de la ropa blanca todos están confeccionados por el mismo estilo, y son:

1.º "El Manipulo". — Una tira que se pone en torno del brazo izquierdo, y significa "el celo ardiente" del Sacerdote.

2.º "La Estola". — Es otra tira semejante y más larga que se pone cruzada sobre el pecho o pendiente de los lados. El obispo la lleva siempre pendiente. La estola tiene el significa-



Estola.

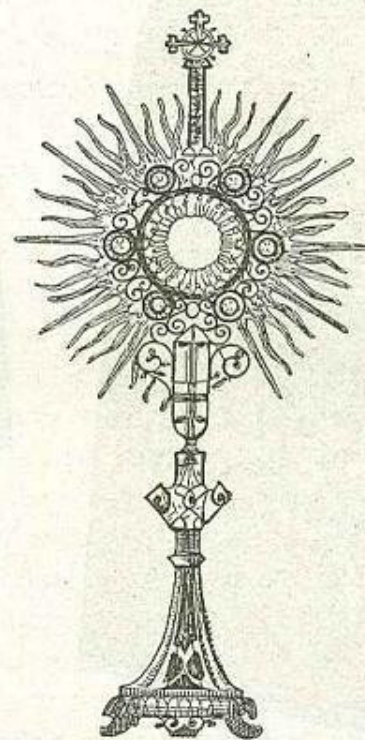


Casulla.



Manipulo.

3.º "La Casulla". — Gran manto que en el antiguo rito caía en pliegues majestuosos y que lentamente fué reduciéndose hasta convertirse en la vestidura rígida que hoy vemos. Esta vestidura significa "el yugo de Jesús" yugo suave de su ley de amor, pero que está marcado con la necesidad de sacrificio: la cruz.



Custodia.



Capa pluvial.



Humeral.

Los colores litúrgicos

Los colores de la casulla (y por lo mismo de todos los objetos de paño con que se reviste el Sacerdote o que usa para el rito de la Misa) están prescritos por la Iglesia según los tiempos del año y se llaman "Colores litúrgicos".

Según los períodos festivos o según el santo del día a quien se dedica la Misa, así han de ser los colores. Estos son:

El encarnado, color de los mártires; el blanco, color de las vírgenes. También el encarnado es el color de Pentecostés, y el blanco, color de Navidad. Cuando los tiempos recuerdan tristeza o indican la penitencia, como en la Cuaresma o Semana Santa, el color es morado. El negro, si se celebra una Misa en sufragio de los difuntos. Si no hay que evocar ningún especial acontecimiento, entonces se usa el color verde. Hay también el color rosa, que se usa en algunas iglesias el tercer domingo de Adviento y el cuarto de Cuaresma, y el color azul para las fiestas de la Purísima Concepción, que se concedió como privilegio a España y a la Orden Franciscana. Fuera de éstos no se admiten otros colores litúrgicos. Sin embargo, se toleran las vestiduras tejidas en oro, y pueden servir para los colores blanco, encarnado y verde, y las tejidas en plata, que pueden servir para el color blanco.

Estas son las vestiduras del Sacerdote que celebra la Misa.



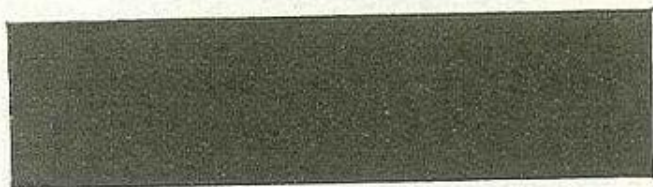
Blanco.
y
Verde



Encarnado.



Morado.



Negro.



Azul.

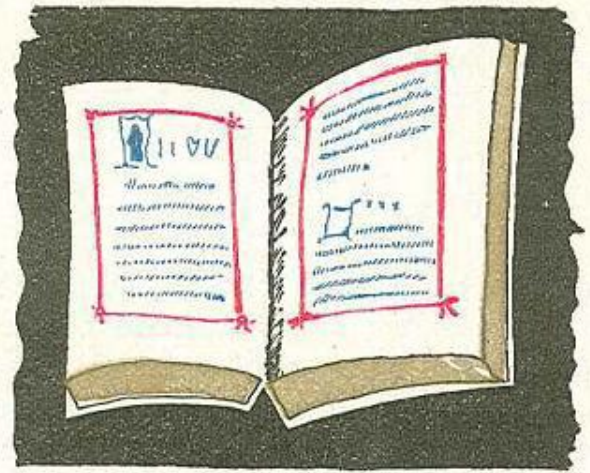
Cuando se da la bendición, como sucede tantas veces después de una Misa solemne, vemos que el Sacerdote aun coloca sobre las prendas descritas otros mantos, con frecuencia magníficos, como los que usan los reyes sobre el trono.

Pero estos mantos no son por el Sacerdote oficiante, son verdaderos mantos regios que viste Cristo reinante en el Sacramento.

El Sacerdote, hecho pequeñuelo y casi oculto dentro de aquellos ornamentos, es solamente su punto de apoyo; el Rey está allí, en aquella Hostia que se vuelve al pueblo de los fieles, y el Sacerdote se hace intérprete de Dios, diciendo a todos:

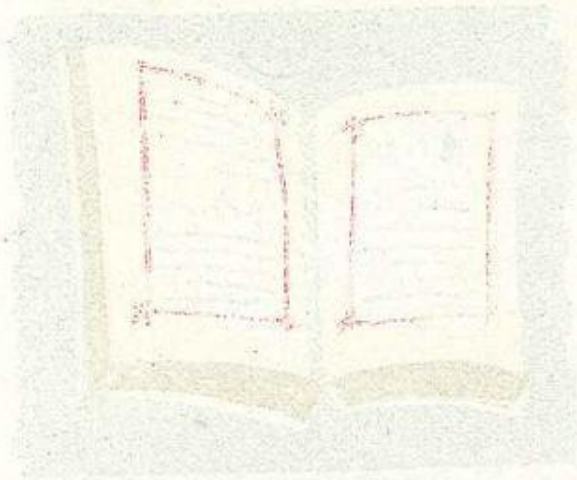
"Os bendice Dios omnipotente,
el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo."





LA : MISA : B : LOS
CATECUMENOS





EL TEATRO DIVINO

La Misa es un misterio, porque no podemos comprender la bondad infinita manifiesta en ella por Dios con el gran milagro de la transubstanciación. Sin embargo, no es un secreto. Todos, hasta humildes y pequeños niños pueden escuchar y leer cada palabra y ver cada acto.

El modo determinado por la Iglesia para celebrar la Misa es una representación admirable, como en un teatro del Cielo.

Esta proviene de la vida expresiva de los cristianos llenos de fe que, recordando la vida del Salvador y llenos de deseo de Dios, reuniéndose, oraban, cantaban, actuaban, recogiendo las palabras más hermosas y los actos más nobles que su devoción sincera podía inspirarles. De aquí se derivó la acción representativa de la Misa, determinada en partes consecutivas y ligadas entre sí como si fueran los actos y las escenas de un gran drama; el drama de la Redención.

No es solamente el Sacerdote quien actúa, la Misa es, por excelencia, la acción de la Cristiandad, de la "Iglesia". La Iglesia no está constituida solamente por los Sacerdotes, sino por todo el pueblo cristiano, y así es la Misa.

Los fieles no son espectadores, sino actores en este drama. Cuando el Sacerdote habla, el pueblo le contesta; cuando ora, el pueblo se une a él. Los sentimientos de amor, de expectación, de gratitud, que expresa el oficiante en el altar, encuentran en el pueblo la resonancia de los corazones. Todos constituyen un conjunto único, una sola voz que se dirige al Cielo.

Divisiones de la Misa

Toda la Misa se divide en dos partes: La Misa de los Catecúmenos o Misa instructiva, y la Misa de los Fieles, o Misa de los Sacramentos o Misterios.

La primera parte ofrece como punto dominante "la lectura del Evangelio", esto es, la palabra de Dios, y en los domingos el Sacerdote agrega un sermón propio en que explica el Evangelio y de este modo instruye al pueblo.

Ella nos recuerda a Jesús vivo, desde que nació como tierno niño, y representa, en su punto culminante, a Cristo que predica a la multitud en Palestina.

La segunda parte tiene su punto culminante en la Consagración de las Especies y en la Comunión de la Hostia y el Cáliz, que son el Cuerpo y la Sangre de Jesús.

Recuerda la Pasión de Cristo y el gran sacrificio que Dios hizo para salvar a los hombres.

Así, la Misa recuerda toda la vida de Jesucristo.

En efecto, Cristo, antes de ofrecerse en holocausto sobre la Cruz, instruyó a los hombres, enseñándoles con su palabra las doctrinas del Padre celestial.

La parte principal de la Misa es la segunda, porque en el sacrificio realizado por Jesús estriba la redención de todos los hombres.

Esta se divide a su vez en tres partes; una es "la Ofrenda" de las especies que se han de consagrar, y al propio tiempo la ofrenda de los corazones al Señor.

La segunda es "la Consagración", en la cual Dios desciende sensiblemente verdadera, real y substancialmente en las sustancias ofrecidas.

La tercera es "la Comunión", donde los hombres, por medio de esta se unen a Dios.

Los Objetos característicos

Los objetos relativos a las dos partes de la Misa son: En la Misa de los Catecúmenos, "el Libro". En la Misa de los Fieles "la Hostia y el Cáliz".

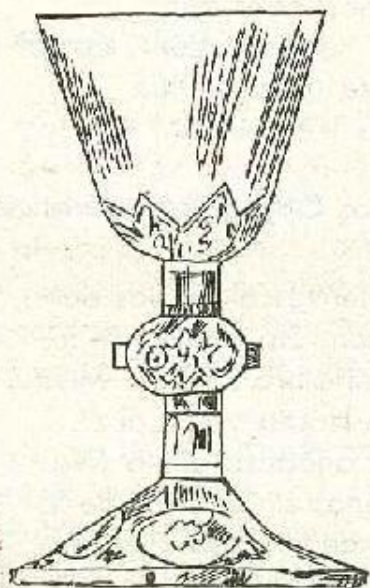
A esto puede añadirse en la Misa de los Catecúmenos el "Púlpito" de la predicación, donde el orador es visible y su voz resonante.

En cambio, en la Misa de los Fieles casi todo es silencioso y oculto. El espíritu recogido aguarda y encuentra el Dios latente en las sustancias consagradas.

Si en la Misa de los Fieles se añade algún objeto característico, es para

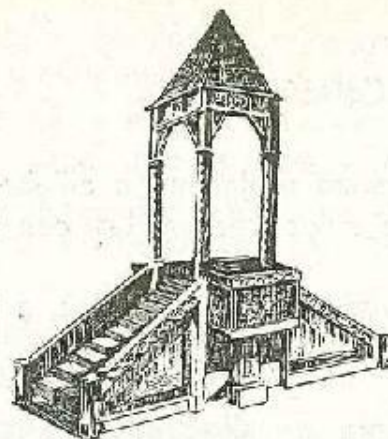


El Misal.



La hostia y el cáliz.

guardar las Especies consagradas sobrantes, es decir, las partículas que sirven para la Comunión de los fieles, las cuales, aunque consagradas durante la Misa juntamente con la hostia del Sacerdote, se conservan en "el Copón", vaso cerrado herméticamente con una cubierta y revestido con un pequeño monto. El Copón, —vaso donde se conserva el alimento espiritual— se guarda des-



El púlpito (antiguo).



El copón.

pués en el Sagrario, cuya puerrecilla está cerrada con llave. Allí, perpetuamente presente, habita el Santísimo.

El púlpito abierto, desde donde pueden resonar las palabras de los hombres, y el Sagrario cerrado, donde se conserva el cuerpo de Cristo, son los objetos de la Iglesia que testifican las dos partes diferentes de la Misa que se celebra en todo país católico.



El sagrario.

La Misa de los Catecúmenos

Cuando el Sacerdote comienza realmente a celebrar la Misa se para de pie junto a las tres gradas, con la cara vuelta hacia el altar.

El niño o acólito que le ayuda, está de rodillas, a la izquierda del Sacerdote y, por lo tanto, a la derecha del altar.

Entonces, los dos y juntamente con ellos todos los que participan de la Misa, se signan.

La Señal de la Cruz.

Recordemos lo que significaba en un principio la Señal de la Cruz.

Era el acto mediante el cual un afiliado al Cristianismo se hacía reconocer por sus hermanos en la fe; la señal del adepto a una sociedad religiosa y perseguida cuando el solo hecho de pertenecer a ella podía ser castigado con una muerte cruel en el mundo entonces imperante. El santo y seña, la palabra que servía para el mutuo reconocimiento la pronunciaba cada uno secretamente, como acto de fe en Dios Trino y Uno: "En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo." Y hacía una señal con la mano derecha que, yendo primero de arriba abajo y después de izquierda a derecha, indicaba la Cruz, la bandera cristiana, que representa el sacrificio de Cristo, la segunda persona de la Santísima Trinidad.

Hace casi dos mil años que los cristianos repiten esta señal triunfante, y al hacerla debemos sentirnos invadidos de su sagrada dignidad.

Así comienza la Misa, y este acto grande une y junta a todos al pie del altar, desde el Sacerdote oficiante hasta el más alejado de los fieles presentes.

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La Misa comienza y continúa como un homenaje y una ofrenda a la Santísima Trinidad.

La Cancela cerrada.

Apenas hecha la señal de la Cruz, el Sacerdote comienza a hablar con el acólito, que le contesta, y se oyen alternar sus voces durante algún tiempo.

Parece que van a subir las gradas de un momento a otro, porque el sacerdote repite: "Entraré en el Altar; iré al Altar de Dios."

Y, sin embargo, no se mueve.

Están recitando en voz baja algunos versículos de un salmo bellissimo, el salmo 42, y alternan diciendo un versículo cada uno; por eso, a quien escucha le parece asistir a un diálogo.

Introibo ad altare Dei. "Me aproximaré al altar de Dios." Para comprender el sentido de este salmo, imaginémosnos antes una escena. Supongamos un niño que

desea aproximarse al altar para hacer una ofrenda; lleva en una cestilla de mimbres trigo y un racimo de uvas. Va contento y un poco despreocupado. Pero encuentra una cancela cerrada, que le impide el paso. Y entonces oye una voz divina que le dice:

"Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda."

Estas palabras misteriosas lo confunden. Es preciso que su corazón esté limpio de rencor. Debe ir a buscar a su enemigo, a aquel a quien ha ofendido, debe reconciliarse con él, pedirle perdón, y después volver al altar.

Entonces se abrirá la cancela.

No se va al altar con una ofrenda externa, si antes el corazón, mediante un sacrificio, no preparó la ofrenda interior.

Algo semejante enseña el salmo maravilloso que Sacerdote y acólito (el cual acólito representa el pueblo) dialogan juntos al pie de las tres gradas que les separan del altar.

En esto, uno expresa la determinación de aproximarse al altar de Dios. Está triste, pero sabe que toda alegría viene del Señor. Se siente perseguido y pide justicia a Dios:

"Júzgame Tú, oh Dios, y toma en tus manos mi causa; líbrame de una gente impía y del hombre inicuo y engañador."

Pero su tristeza no desaparece. Pide a Dios entonces:
"Envíame tu luz y verdad! Ellas me han de guiar y

conducir a tu monte santo, hasta tus tabernáculos, y entonaré siempre tus alabanzas, mi Salvador y mi Dios."

Pero su alma permanece sin consuelo.

"¿Por qué estás triste, alma mía y por qué me conturbas?"

Pero, el hombre lleno de soberbia, que se cree superior a los demás, no puede subir las gradas, y su invocación a la luz divina como la promesa de entonar sus alabanzas quedan sin efecto.

Pues sólo un hombre puede aproximarse a Dios, el penitente, un hombre humilde que dice postrado y arrepenido:

"Confieso ser un pecador. ¡Ten misericordia de mí!"

El Arrepentimiento

El Sacerdote y el acólito parecen inmovilizados ante las gradas, como si un obstáculo les impidiera el avanzar.

Pero, de repente se ve al Sacerdote cambiar de postura. El, que estaba erguido, se inclina profundamente con el rostro hacia el suelo y con la mano derecha cerrada se golpea el pecho; después se vuelve hacia el acólito, esto es al pueblo, y habla:

"Me confieso a todos, dice el Sacerdote, no en secreto. Yo proclamo en voz alta, delante del pueblo, que soy un pecador; que la culpa es mía y grande, y pido a todos que me ayuden a invocar la misericordia del Altísimo. Me confieso a Dios, a la Virgen, a los Angeles, a los Santos y a los hombres."

Entonces el acólito y todos los presentes, postrados,

se confiesan igualmente en alta voz. Y el padre (el Sacerdote) se dirige a ellos, como a hermanos; los presentes, a él como padre y recíprocamente imploran rogar los unos por los otros, invocando la divina misericordia y el perdón.

La Subida

Entonces el Sacerdote asciende, sube los tres escalones de las tres virtudes teologales:

Fe, Esperanza y Caridad.

El Encuentro con los Santos

Su primer encuentro es con los Santos, y casi conmovido de reverencia y de ternura, el Sacerdote se inclina y deposita un beso sobre el altar en el lugar que ocupa el ara sagrada.

"Vosotros, cuyas reliquias están aquí, interceded por mí cerca de Dios nuestro Señor."

Los centinelas de Dios dejan libre el paso al hombre arrepentido, quien al fin llega al altar y puede decir:

"Introibo ad altare Dei"; "voy a aquel Dios que es la alegría de mi juventud."

El Libro abierto

Volviéndose hacia la izquierda del altar se aproxima al Libro abierto. Lo primero que lee es el "Introito", versículos de un salmo, que varía según la Misa.

Como si el deseo realizado de aproximarse al altar de Dios hiciera su alma aún más sensible, el Sacerdote,

que antes había pedido sencillamente perdón y ayuda, como un hombre arrepentido, ahora, en el ímpetu de su corazón lanza un grito, un grito repetido tres veces, como una invocación solemne a la Santísima Trinidad.

El Grito (los Kyries)

A este grito contesta alternativamente el acólito:

"¡Señor, ten piedad de nosotros!"

"¡Cristo, ten piedad de nosotros!"

"¡Señor, ten piedad de nosotros!"

El Canto de alegría

Está en el centro del altar y une las manos. Le invade una alegría indecible, aquella "alegría de la juventud" que al principio invocaba al pie de las gradas. Es feliz en Dios, como aquellos pastores que en la noche de Navidad vieron una gran luz en torno a la choza de Belén y oyeron las músicas angélicas que anunciaban la llegada del Redentor.

El mismo himno brota de su corazón:

"¡Gloria a Dios en las alturas!"

"Y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad", continúa juntamente con él el acólito. Y todo el pueblo se une al himno de alabanzas.



"Nosotros te ensalzamos,
Te bendecimos,

Te adoramos,
 Te damos gracias
 Por tu inmensa gloria.
 ¡Oh Padre omnipotente!
 Y Tú, Jesucristo, Cordero de Dios,
 Tú que borras los pecados del mundo,
 ¡Ten piedad de nosotros!
 Porque Tú solo eres el Santo,
 Tú solo eres el Señor
 ¡Oh Jesucristo!
 Juntamente con el Espíritu Santo
 En la gloria de Dios Padre."

Las Lecturas

Ahora se callan.

El Sacerdote comenzará las lecturas instructivas acompañadas de oraciones y versículos de salmos que son propios de la Misa del día.

Sin embargo, antes de comenzar esta parte especial, se vuelve hacia el pueblo y lo saluda, de pie en el centro del altar, al que vuelve un momento las espaldas.

"El Señor sea con vosotros."

Y le contesta el pueblo, por medio de la voz del acólito.

"Y con tu espíritu."

El Sacerdote va a leer el Libro santo, hojeándolo para encontrar las diversas partes propias del día.

Las Oraciones

Busca primeramente la oración u oraciones breves que se llaman "Colecta".

Este nombre significa "reunión" o "asamblea." La colecta se llama así, porque es la oración de la "asamblea", del "conjunto" de los fieles, y porque es como un "resumen" o compendio de los deseos y votos de la Iglesia allí presente, y también porque en ella el Sacerdote "recoge y recopila" las súplicas de los fieles.

Con el corazón atento, todos prestaremos atención a lo que se nos va a enseñar.

El Sacerdote procede como un maestro que llama la atención de sus discípulos antes de comenzar una lección difícil y preciosa.

Y nos dice que estemos todos unidos, agrupados con el corazón en torno suyo. Mientras tanto, él en la Colecta ofrece al Señor los votos de todos los presentes.

Epístola

La primera lectura lleva el nombre de "Epístola", porque generalmente se lee algún trozo de las cartas (epístolas) que escribían los primeros Apóstoles de Jesús, especialmente San Pedro y San Pablo. Estos instruían y daban consejos a los primeros cristianos que estaban lejos y tenían necesidad de ser sostenidos en la fe, iluminados sobre las virtudes cristianas y animados a obrar bien, para lo cual era necesaria mucha constancia en aquellos tiempos de gran sacrificio, cuando los cristianos eran pocos, estaban esparcidos y con frecuencia perseguidos cruelmente.

Sin embargo, bajo el título de epístola, algunas veces se leen los "Hechos de los Apóstoles," esto es, la historia de los actos heroicos o maravillosos, realizados

por los primeros discípulos de Jesús después de su muerte.

Finalmente, bajo el mismo título, se encuentran algunos trozos bíblicos históricos, sapienciales y especialmente los relativos a las profecías que se refieren a nuestro Señor, el Mesías tan esperado, descrito ya minuciosamente siglos y siglos antes de su encarnación por los profetas de Israel.

Un poco cada día, pues, se van leyendo las Sagradas Escrituras, cuyo contenido se distribuye sabiamente durante el año, como si una maestra que a la vez fuese nuestra madre cariñosa nos diera lecciones breves y atractivas, siempre variadas, para hacernos conocer las cosas santas. Esta madre llena de ternura y sabia maestra es la Iglesia, que ha distribuido la instrucción de los fieles, subdividiéndola a lo largo de todo el año litúrgico.

El Gradual

Apenas concluida la lectura de la epístola, el Sacerdote lee el Gradual. Antiguamente era un canto de salmos, a los cuales contestaba el pueblo con gritos de alegría: "¡Aleluya! esto es, "Alabad a Dios". Y como los cantores, inflamados de fe, iban a cantar sobre las "gradas" del altar, el canto se llamó "Gradual".

El Evangelio

He aquí un momento solemne.

Está para llegar la palabra de Jesús; es la enseñanza de Cristo la que recibiremos dentro de poco.

Grande es la espectación religiosa de nuestro corazón.

Todo cambia al aproximarse la palabra divina. He aquí el momento culminante de la Misa de los Catecúmenos: "Hemos venido para escuchar la palabra del divino Maestro. ¡Pongámonos todos en pie!"

El libro que estaba a la izquierda del altar, es transportado a la derecha del mismo, para indicar cuán distinta es la voz de los hombres de la de Dios.

El Sacerdote se siente inferior a su misión de transmitir la palabra del Señor. Querría ser digno, querría ser puro. Y ved que se detiene, con la cabeza inclinada, en medio del altar para elevar a Dios la bellísima e inflamada plegaria del **Munda cor meum...**

"Limpia mi corazón y mis labios, ¡oh Dios omnipotente, Tú que limpiaste los labios del profeta Isaías con un carbón encendido!" Entonces pasa a la derecha.

Está frente al libro, abierto por el Evangelio que la Iglesia ha establecido en aquel día.

El Sacerdote saluda y llama a la vez a aquel pueblo que, en pie y poseído de la gran solemnidad del momento, está dispuesto para signarse con las tres cruces tan pronto como lo haga el Sacerdote.

"El Señor sea con vosotros", dice el Sacerdote.

"Y con tu espíritu."

El Sacerdote inicia la lectura:

"Continuación del Santo Evangelio..."

Hace la señal de la cruz sobre el libro y después tres pequeñas cruces sobre la frente, los labios y el pecho para santificar los pensamientos, las palabras y las obras. Después lee el Evangelio del día.

Apenas terminado, el acólito dice:

"¡Alabanza a Ti, Cristo!", mientras el Sacerdote besando devotamente el libro, murmura:

"Por este santo Evangelio, sean perdonadas nuestras culpas."

Así es

Después de la predicación de Cristo ¿qué debemos hacer nosotros?

Proclamar en alta voz nuestra fe. El Sacerdote va al centro del altar y comienza a recitar el "Credo," seguido de todos los presentes.

Todos están en pie.

Solamente en la frase "y se encarnó..." Sacerdote y pueblo hincan la rodilla derecha, permaneciendo recogidos y arrodillados hasta las palabras: "Y se hizo hombre." Después sigue el Credo hasta el fin. La respuesta última "Amén" es una afirmación que equivale a decir: "Así es; yo lo creo."

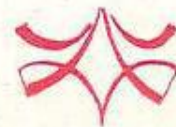
Luego, con un "Dominus vobiscum" anuncia que comienza la Misa de los Fieles.



El atril.



LA MISA DE LOS FIELES



LA: OFRENDA

Después de aquel "Ite, Misa est", de aquel saludo de despedida, se ausentaban antiguamente los catecúmenos, porque a la Misa de los Fieles sólo podían admitirse los iniciados, los cristianos que ya habían recibido la instrucción y el bautismo.

En aquel instante muchos de los fieles llevaban sus ofrendas al altar. Durante el movimiento de ir y venir se pedían limosnas para los hermanos pobres o se leían en voz alta los nombres de los bienhechores. Pero aquel bullicio quedaba amortiguado por el canto que se entonaba a coro, un salmo que variaba según el día y tomaba el nombre de "Ofertorio."

De aquella escena antigua quedan hoy escasos vestigios. Quien no conoce la Misa, casi no se da cuenta de este pasaje; solamente los domingos se ven en ese momento personas que, con bandejas, van recogiendo limosnas entre los presentes; son las ofrendas. Es el último resto del uso antiguo. En cuanto al salmo, que antiguamente se cantaba todo, en el rito actual queda la lectura de una antífona que varía según las Misas. Es el Ofertorio del día. El Sacerdote lo lee en el misal, desde el centro del altar.

Comienza entonces por deshacer el envoltorio que estaba colocado sobre el lugar correspondiente al ara sagrada.



Ya antes de comenzar la Misa, al subir al altar, había colocado la bolsa de los corporales al lado derecho del mismo altar y extendidos los corporales sobre el ara sagrada para poner encima de ellos el envoltorio. Ahora, quita el cubrecáliz y lo pone a su derecha, doblando o dejando que lo doble el acólito. Después toma el cáliz con todo lo que está encima y lo coloca tam-

bién a su derecha cerca de los corporales. Luego, quitando la palia que está sobre la hostia, toma la patena con la hostia y hace la ofrenda de las especies del pan.

Eleva un tanto la patena que contiene las especies que se han de consagrar y ora: "Acepta, oh Dios mío, esta hostia inmaculada."

Mueve un poco la patena haciendo con ella la señal de la cruz e, inclinándola, deja resbalar la hostia directamente sobre los corporales, casi al medio y en el centro, y coloca la patena al lado derecho y debajo de los mismos corporales; y no lo vuelve a tocar hasta la terminación del "Pater noster", que entonces lo coloca debajo de la Hostia consagrada, encima de los corporales.



Después de la ofrenda de las especies del pan, prepara el Sacerdote la ofrenda del vino. Va a su derecha, toma el cáliz, limpia cuidadosamente el interior de su copa con el purificador, vierte dentro de ella un poco de vino y unas gotas de agua, y dice: "Oh Dios, que maravillosamente creaste la naturaleza humana y más maravillosamente la reformaste, concédenos por el misterio de este vino y agua ser consortes de la divinidad de Aquel que se dignó participar de nuestra humanidad, Jesucristo."

Dentro de poco y por una misteriosa mutación, estas simples sustancias de pan y vino se convertirán en el cuerpo y sangre del Hijo de Dios, de Jesucristo Señor nuestro y participarán de su alma y su divinidad, y harán que nosotros también participemos de ello al recibir la sagrada Comunión.



Luego el Sacerdote vuelve al centro del altar y tomando el cáliz lo eleva un poco, y levantando sus ojos, como al ofrecer la hostia, dice: "Señor, te ofrecemos el cáliz de salvación."

Y haciendo con el cáliz, como con la patena, la señal de la cruz, lo apoya delicadamente donde antes estaba, después de haber hecho con él la señal de la cruz y lo cubre con la palia.

Ya están ofrecidas las Especies.

El Sacerdote permanece absorto, turbado: con la mirada fija sobre éstas, las manos juntas y apoyadas en el borde del altar. Recuerda como debe ser el alma del hombre que quiere alcanzar al Señor:

"Nos presentamos a Ti, Señor, con espíritu humillado y corazón contrito, y que nuestro sacrificio te sea grato."

Se le ve a continuación enderezarse y lanzar una mirada suplicante hacia el Cielo:

"¡Ven, oh Dios santificador, omnipotente, eterno, y bendice este sacrificio."

Sus manos se habían separado y se alzaban hacia lo alto, como si el Cielo las atrajese; las dos estaban suspendidas como una ofrenda.

Aquellas manos han de tocar, dentro de poco, el cuerpo de Cristo.

El Sacerdote parece estremecerse a este pensamiento. Y como al ir a leer el Evangelio suplicó que fuesen purificados sus labios, siente ahora la necesidad de purificar también las manos.

Va a la izquierda del altar. El acólito presuroso y poseído de las cosas grandes que van a suceder, ha acercado ya la vinajera con agua, un platillo y la toalla, y deja caer el agua sobre los dedos del Sacerdote.

Mientras se lava, se estremece por el acontecimiento inminente.

"Lavaré mis manos entre los inocentes. Señor, he amado el esplendor de tu casa. No pierdas mi alma. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo."

La ofrenda se hace a la Trinidad; hay que declararlo formalmente, expresar la intención que nos anima.

"¡Acepta, oh Santísima Trinidad, esta oblación que te ofrecemos en memoria de la Pasión, Resurrección y Ascensión de Jesucristo."

Ahora es preciso recordar las almas grandes y los Santos. Sí, queremos que nuestra ofrenda redunde en su honor, en honor de la Virgen María y de los Santos, y que ellos, benignamente, intercedan por nosotros, puesto que al aproximarse el gran momento les recordamos en la tierra. Todo es por Jesucristo.

El Sacerdote oró así de este modo, permaneciendo inclinado con las manos juntas.

El pueblo aguarda silencioso.

Y el Sacerdote no lo olvida; después de depositar un beso sobre el altar, se vuelve:

"Rogad, hermanos. Este sacrificio es conjuntamente mío y vuestro."

"El Señor acepte el sacrificio de tus manos", se apresura a contestar por todos el acólito, "para provecho nuestro y de toda la santa Iglesia".

Sacerdote y acólito han hablado en voz alta.

Después callan. El "Amén" que contesta el Sacerdote es casi ininteligible. Ha mirado a todos, y el iniciado que sabe, ha comprendido; es un secreto del que no se habla. Cuando el Sacerdote llega al libro lee la "Secreta" en voz baja.

La ofrenda que está haciendo, la repite en secreto cada uno por sí mismo; pues ya que se ofreció el pan y el vino ofrezcamos también el corazón... Cada uno, tácitamente, hace la ofrenda propia y en este instante de silencio, altar y pueblo parece que vayan a elevarse todos juntos en busca del Cielo.